

BELVA PLAIN

Autora de Dilema de amor

*Cosecha de
Infortunios*

grandes novelistas · emecé

Iris y Theo Stern parecen tenerlo todo: un sólido matrimonio, cuatro hijos maravillosos, una hermosa casa... Pero el hijo mayor cae bajo la influencia de un profesor universitario, conocido por sus acaloradas protestas contra la guerra de Vietnam. Este hecho precipita una cadena de acontecimientos que envuelve a la familia en una espiral descendente, donde la placidez y felicidad del pasado resultan cada vez más difíciles de asir.

El drama se desata en medio de los turbulentos años 60, una época en la que todo lo que se creía firme y cierto es irremediabilmente puesto en cuestión.

Índice de contenido

Cubierta

Cosecha de infortunios

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Sobre el autor

CAPÍTULO 1

Cargada con las compras de la mañana —jabón, de la farmacia; panecillos, de la panadería; medias y camisas para sus hijos, de la tienda—, Iris se encontraba parada esperando cruzar Main Street cuando vio el automóvil. En la ciudad no había demasiados convertibles gris perla, así que el coche le llamó la atención segundos antes que reconociera a su marido o viera a la mujer que iba sentada junto a él. De modo que se quedó allí parada, mirando, mientras el vehículo se desplazaba con lentitud por entre el tráfico del mediodía. Los rayos de sol iluminaban la orgullosa chapa de MÉDICO, y hacían centellear el cromado de las aletas de la carrocería.

Entonces estalló en ella esa reacción familiar de vergüenza, furia y miedo: ¿quién era esa mujer? «A mi marido le gustan las cosas espléndidas, pero, por cierto, no las chillonas. Tiene gustos sencillos y refinados, incluso cuando se trata de mujeres. ¡Pero no siempre! Esa muchacha que estaba en el entierro de la prima de mi madre —la de los tres tonos distintos de pelo y la falda bordada con piedras falsas—, por Dios, hasta en esa circunstancia tuvo que flirtear con ella».

Comenzó a temblar, y se le cayó la bolsa con las medias. Alguien la levantó. Una voz masculina y jovial le habló.

—Parece que va cargada al tope, ¿no? Ah, ¿es usted, señora Stern! ¿No me recuerda? ¿Del hospital? Soy Jed Bauer.

«Uno de los internos», pensó ella mientras se reponía.

—Sí, por supuesto. Muchísimas gracias.

El semáforo seguía en rojo. Seguramente tardaría un minuto más en cambiar, momento que él, como buen caballero, trataría de llenar con algún comentario ocurrente.

—¿Los chicos, bien?

—Ya lo creo, y muy atareados. Están en el colegio.

Cuando el tráfico se detuvo y los dos cruzaron la calle, él seguía hablando, sin duda por sentirse en la obligación de mostrarse respetuoso con la esposa del doctor Theo Stern.

—No he tenido oportunidad de agradecerle, señora Stern, por su amabilidad con mi esposa y conmigo.

—¿De veras? ¿Cuándo fue eso?

—En la reunión que ofreció el invierno pasado para los nuevos internos. Nosotros acabábamos de llegar de Idaho, y mi mujer, que es de una ciudad pequeña, estaba muy nerviosa esa noche, pero el recibimiento que usted le brindó hizo que se sintiera como en su casa. Nunca lo olvidamos.

Entonces Iris lo recordó: esa joven esposa, todavía una niña, con su vestido hecho en casa, su voz titubeante, su rostro bondadoso y su mirada asustada. Había captado la desazón de esa muchacha, la había sentido.

Ahora Iris le sonrió a una cara masculina igualmente bondadosa, sincera y de alguna manera inocente, una cara que no escondía ninguna estratagema ni ninguna zalamería.

—Idaho... ¿Y ahora ya se sienten más ubicados?

—En eso estamos. Jane trabaja y yo estoy aprendiendo muchas cosas. ¿Le dará usted mis saludos a su marido? Lo he visto poco, pero nunca olvidaré la vez que presencié una operación realizada por él. Era mi primera experiencia en cirugía plástica. Conocía a la paciente. El doctor Stern prácticamente tuvo que reconstruirle la cara después de un accidente. En ese momento, pensé que debía de ser una especie de mago. ¿Este es su automóvil?

—Sí. La camioneta que está allá. Muchas gracias por su ayuda, doctor. Fue muy agradable verlo de nuevo. —Su voz seguía clara y natural. ¿Cómo era posible?

Instalada detrás del volante, permaneció sentada un momento, sin energía ni voluntad para encender el motor. El maestro. El mago. ¿Dónde demonios iba al mediodía con una mujer? Sin embargo, tal vez fuera algo inocente, la actitud cortés de quien acerca a su casa a alguien. Y, sin embargo... Su mirada errante, su galantería, las hebras grises en su pelo oscuro, los rastros de acento vienes en el inglés fluido aprendido en Oxford...

Pensó en los meses en que estuvieron separados; eso había pasado cinco años antes, y ella había procurado sepultarlo en el pasado. La reconciliación hizo que el dolor de la prolongada desavenencia casi valiera la pena. ¿Y ahora estarían a punto de repetir esa experiencia? «Esta vez no tendré la fuerza necesaria para soportarlo», pensó.

Sacó un espejo de la cartera. ¿Para qué? ¿Para darse confianza? Porque sabía qué imagen le devolvería el espejo; la de una mujer fuerte y esbelta de treinta y seis años, con pelo lacio y oscuro peinado en ondas cortas apartadas de las sienes; ojos oscuros y almendrados, cutis terso, nariz demasiado prominente y dientes perfectos. Una belleza serena, pero no una mujer que hace que los hombres vuelvan la cabeza para mirarla. «Si me pareciera a mi madre», pensó, «las cosas serían muy distintas».

Y, no obstante, Theo la amaba. Sí que la amaba. Pese a saberlo, sintió un escalofrío que le recorrió la columna. Empezó a hablar para sí.

«En realidad, nadie sabe nada de las demás personas. Mi marido es uno de los especialistas más renombrados en cirugía plástica y reparadora de todos los alrededores de Nueva York. Mi padre es uno de los constructores de mayor éxito. Tengo cuatro hijos y una casa que mi padre nos construyó en medio de un parque de cerca de diez mil metros

cuadrados. Estoy sana, al menos por lo que sé. Así que lo tengo todo, ¿no?».

Sobre el asiento estaba su lista de actividades del día, tildada apenas por la mitad. El mercado. Ropa interior y medias para Jimmy y Steve. Ver a la señora Mills sobre la reunión de guías exploradoras de Laura. Reservar turno, en la peluquería. Día de los padres en el jardín de infantes de Philip. Llamar por la fecha del Bar Mitzvah de Steve. Almuerzo en el club, con papá y mamá.

Miró su reloj, se pasó un peine por el pelo y giró la llave del contacto. Su padre era un fanático de la puntualidad, y como esa falta era una de las pocas cosas que lo ponían furioso, merecía que le dieran el gusto. El hecho de pensar en su padre le infundió un gran bienestar: era una fuente de seguridad para ella. Con plena conciencia de que esos sentimientos eran bastante infantiles —como cuando a un chico lo consuelan con un beso por el porrazo o la lastimadura reciente—, igual se sumió en esa sensación. Así que debería estar contenta por ese raro acontecimiento que era encontrarse con alguien en mitad de una semana atareada, algo que en otras circunstancias la habría alegrado mucho. Pero en ese momento, solo tuvo ganas de correr a su casa, esconderse y estar sola.

Pese a estar a fines de septiembre, el día era tan caluroso y agobiante como en pleno verano, y lo único que lo distinguía del estío era el color de los árboles. Una bruma humeante flotaba sobre la calle. El centro de la ciudad estaba repleto de los compradores que deambulaban por las tiendas de edificios georgianos de ladrillo, cuyos escaparates pintorescos ofrecían *tweeds* irlandeses, calzado italiano, suéters de cachemira escocesa, vajilla francesa, discos, libros y exquisiteces gastronómicas, todas cosas dignas de una vida urbana, a poca distancia de Nueva York.

Antes de la guerra, la ciudad todavía ostentaba la marca del pueblo rural que había sido alguna vez. En los quince años transcurridos desde el conflicto bélico, había triplica-

do su tamaño y su prosperidad, un hecho que parecía complacer a la mayoría de las personas, pero no a Iris, que habría preferido que no cambiara. En realidad, se sentía más cómoda con las cosas pequeñas y simples.

«La gente ya no está contenta», pensó. «El país está inquieto y codicioso. Todos quieren cosas mejores que las que tienen sus vecinos». Theo decía que eso era comprensible después de lo que habían debido soportar: la prolongada Depresión, seguida por la guerra. Otra vez Theo. ¿Por qué siempre terminaba pensando en él?

Al transponer ahora los portones del *country club*, al que hacía poco se habían integrado, pensó que, si de ella hubiera dependido, no lo habría hecho. Ese club era demasiado caro, con su cuota de ingreso y sus mensualidades y expensas. Además, era demasiado artificial, formal, lujoso, esnob... demasiado de todo. Pero a Theo le encantaban el tenis y los deportes competitivos, la pileta climatizada todo el año, los parques, la vista... todo lo fascinaba.

El *hall* estaba desierto. Los que no se encontraban todavía en los links de golf, sin duda, a esa hora se hallaban almorzando en la terraza, de donde provenía un murmullo de voces.

La joven y avispada encargada del comedor se le acercó.

—El señor y la señora Friedman ya han llegado. Están en la terraza, señora Stern.

«Esto también es una demostración de talento», pensó Iris mientras la seguía. «¡Recordar todos esos nombres! Desde luego, es su obligación, es parte de su tarea. Pero igual, le debe de gustar estar en el centro de las multitudes; en cuanto a mí, no puedo imaginarme...».

Sus padres estaban instalados frente a una mesa, bajo una sombrilla anaranjada. Los besó a los dos y se disculpó por la demora.

—Lamento llegar tarde. No se me ocurrió buscarlos aquí afuera.

—No tiene importancia, querida —dijo Papá—. Son solo dos minutos. Estás perdonada. Tu madre se entretuvo observando las aves.

Un conjunto multicolor de gorriones, grajos azules, palomas torcazas y cardenales causaba gran alboroto alrededor de un comedero poco profundo.

—¡Miren! —exclamó Anna—. Una bandada de patos que vuelan hacia el sur. ¿No es un milagro que sepan exactamente cuándo ha llegado el momento de partir?

Su rostro, dirigido hacia el cielo, era joven y ávido. Su pelo castaño, con apenas algunas hebras grises, exhibía ondas suaves y espesas. A pesar del calor sofocante, parecía fresca. Su vestido de algodón era de un estampado escocés verde lima, negro y blanco; usaba sandalias negras de tiras muy finitas, y pocas alhajas, solo un collar de oro pegado al cuello y un solitario en el anular. Iris, con su solero rosa y sus zapatos blancos del verano anterior, de pronto se sintió desaliñada.

—¿Qué quieres comer? —preguntó Anna—. La última vez que almorzamos juntas, la ensalada de langosta estaba exquisita.

—Suenan apetitosa. Inclúyanme a mí —dijo Joseph.

Su esposa le tocó la mano.

—¿Ah, sí? En casa no quieres comerla, pero afuera está bien...

Su gesto fue afectuoso y su tono, juguetón. «Tiene un encanto especial, un aura», pensó Iris. «¿Cómo se lo podría describir? ¿Como un destello? No, eso sería demasiado brillante. Se parece más a un resplandor, una luz que emana de ella, la luz del placer, como si el mundo le resultara maravilloso».

—¿Qué novedades hay? —preguntó Papá.

—Ninguna en especial. Nada ha cambiado —respondió Iris.

—Eso es bueno. Cuando no hay nada nuevo, significa que todo anda bien.

Buscó en el bolsillo superior de la chaqueta, donde asomaban tres cigarrillos oscuros; tomó uno, le cortó un extremo, lo encendió y le dio algunas pitadas; luego arrojó al aire una voluta de humo aromático. En su cara astuta y bondadosa se pintó una expresión de puro deleite, una expresión que la memoria de Iris siempre convocaba cada vez que pensaba en su padre.

El se echó atrás en su asiento.

«Eres una mujer muy afortunada por tener un marido como Theo —dijo, y rio por lo bajo—. Te aseguro que para nosotros se parece mucho a la respuesta a una oración».

Iris no dijo nada. ¿A qué se debía ese comentario? Sin duda, nada más que a la satisfacción y orgullo que Papá sentía por tener un yerno así. Desde el punto de vista de su padre, por supuesto que Theo era la respuesta a una plegaria: un hombre sensato y bondadoso, un padre atento, un ser tan trabajador como él. Porque para Papá, un hombre bueno, buen marido y buen padre, debía ser un hombre trabajador.

¿Qué diría Papá si supiera todo lo que ella sufría? Aunque sufría era quizás un término demasiado fuerte. Mejor sería decir «se preocupaba»; la forma en que Theo hacía que se preocupara. Y, sin embargo, era muy parecido a sufrir. Después de todo, era una cuestión de grados... Una pequeña y fugaz puntada sobre las sienes presagiaba un dolor de cabeza.

Pero Papá no debía saberlo nunca. Sería cruel contárselo, además de inútil y contraproducente. La admiración que esos dos hombres se profesaban era genuina y mutua. ¿Qué se ganaría con destruirla?

Theo admiraba a su suegro, un hombre autodidacto que había triunfado en la vida por esfuerzo propio. «Tus padres fueron los primeros que me dieron una sensación de hogar en este continente», solía decir. Entonces, su recuerdo del Holocausto, de sus padres muertos, de su primera esposa e hijito también muertos hacía que su semblante se

oscureciera. «Sí, en su casa, por primera vez, empecé a sentirme entero de nuevo».

Eres una jovencita muy afortunada —repetía ahora Papá—. No es que no te lo merezcas. Nuestra buena hija... Nos haces muy felices, Iris.

¡Qué raro en Papá! No era frecuente que se pusiera sentimental. Algo debió de inspirarle ese talante, probablemente el aniversario de bodas, que celebrarían en el curso de esa semana. En momentos como ese, siempre decía: «Agradezco tantas bendiciones». Y lo decía en serio. De veras las agradecía, porque de todo corazón era un hombre religioso.

Y tus hijos también nos hacen muy felices. ¡Son unas criaturas maravillosas! Deberías tener más.

Se oyó la risa cristalina de Anna.

—¡Joseph! ¿Qué pretendes de ella? ¿Cuatro no te parecen suficientes?

—Otro hijo es lo último que deseo. Lo que quiero es volver a enseñar o prepararme para la licenciatura, o quizás ambas cosas. Quiero hacer algo con mi vida —dijo Iris, ventilando su rabia. Pero al mismo tiempo, sabía que esa furia no era otra cosa que un sustituto de otra furia.

Anna dudó un poco.

—¿No te basta con dirigir tu familia y esa enorme casa?

—Yo no soy demasiado buena ama de casa, madre. Lo sabes bien.

Había dicho «madre». Se le ocurrió que mamá era la palabra adecuada para algunas circunstancias, pero que, en ese momento, la apropiada era madre.

—Mi *freezer* no está lleno de pasteles hechos en casa y no sé hacer masa de *strudel*. Mis floreros no están llenos de flores recién cortadas en el jardín, arreglados por mí, y tampoco sé tejer —concluyó Iris.

Anna sonrió. Y esa sonrisa quería decir: «Sé que me estás atacando o que estás defendiéndote de una manera rara, y no me importa. Ojalá pudiera saber todo lo referente a

ti, Iris, aunque sé que es imposible. Pero te aseguro que trato».

Lo siento —dijo Iris—, lo único que trataba de decir es que no soy como tú, mamá.

Estaba proyectando sus preocupaciones sobre su madre, y eso no era justo.

—Es cierto, no eres como tu madre —intervino Joseph—. Pero te arreglas bastante bien. Por lo que veo, tu familia está bien alimentada y atendida.

—Así es. Pero quiero hacer algo más Algo importante.

—¿Tener hijos no es importante? —preguntó Joseph—. Sabes que es lo más importante, para una mujer.

Anna pareció reflexionar.

—Eso es verdad, Joseph. Y sin embargo, a menudo pienso que si yo hubiera tenido la educación que Iris recibió... bueno, no sé. Me pregunto qué habría hecho...

Joseph la interrumpió.

—¡Mira todo lo que haces ahora! Tus obras de beneficencia, la comisión del hospital, la Liga de Mujeres Votantes, vaya si haces cosas —dijo con firmeza.

«Es extraño», pensó Iris, «que Papá, de quien siempre me he sentido más cerca, siga siendo una persona que prefiere que algunas cosas no se digan. Tiene una imagen de mí, como su pequeña feliz y convertida en mujer adulta, que quiere mantener intacta. Mientras que mi madre —mamá— está dispuesta a escucharme, a pesar de la tensión que siempre ha existido entre nosotras, tensión a la que jamás hacemos referencia porque no existe ninguna manera de explicarla. ¿Será porque sabe que tengo plena conciencia de su belleza, que no he heredado, o porque mi hermano murió? No, es algo mucho más antiguo. Más remoto. No sé por qué».

—Si Theo quiere que permanezcas en tu casa —dijo Papá—, mi consejo es que olvides todo lo demás. Iris querida, busca la felicidad en lo que eres en este momento. Cultiva talentos en tu hogar. Recuerda que un hombre que tra-

baja tanto como tu marido, y está sometido a una tensión tan grande, quiere una casa bien manejada y llena de paz. Sobre todo, tratándose de un hombre europeo, educado antes de la guerra, con un estilo muy diferente.

A Iris le sorprendió que su padre tuviera tanta conciencia de una diferencia cultural. También le sorprendió captar el tono censor de su voz.

Anna se apresuró a disipar todo posible rencor que pudiera flotar en el aire.

—¿Ya te llegó el vestido, Iris? Esta mañana me trajeron el mío. Es espléndido. —Y, sin esperar una respuesta, le dijo a Joseph—: Estarás orgulloso de nosotras dos en tu cena. Pero no tanto como nosotras lo estamos de ti. Por todas partes, he oído comentar que este Hogar para Ancianos es lo mejor que has construido en tu vida. En el Banco aseguraban hoy que es una joya arquitectónica.

—Bueno, bueno, yo no fui el arquitecto. Solo lo construí. ¡Cuánto alboroto! —gruñó Joseph, enormemente complacido.

—No te menosprecies. Tuviste mucho que ver con el diseño y te mereces una cena testimonial. ¿Dijiste que habías recibido tu vestido, Iris?

—Sí, ayer.

—¿Dónde fueron a comprarlos? —preguntó Joseph—. ¿A esa casa de moda tan exclusiva de Nueva York?

—A Chez Lèa, por supuesto. ¿Dónde más? —dijo Anna, y sonrió con sorna—. Es el único lugar. La mitad de las mujeres que conozco prácticamente viven allí.

—Sus precios son astronómicos —se quejó Iris—. Yo no he estado allá más de tres veces desde que compramos mi trousseau y mi traje de novia.

—Pero debes reconocer que hay cosas preciosas —dijo Anna—. Y lo que es más, ella no te presiona, como ocurre en la mayoría de las casas de modas. Y es una mujer muy cordial.

—Pues a mí nunca me gustó la forma en que nos mira —dijo Iris—. Es demasiado curiosa.

—Por el amor de Dios, ¿qué podría despertarle curiosidad en nosotras?

—No lo sé. Es solo que algo me molesta. De todas formas, me dio vergüenza mirar de nuevo la etiqueta con el precio cuando abrí la caja.

—Iris —objetó su padre—, hay ocasiones en que se impone cierta extravagancia. Sabe Dios que tu madre no despilfarra el dinero, pero le gusta vestir bien. Y a mí me gusta verla bien vestida. Estoy seguro de que a Theo le ocurre otro tanto —dijo con tono severo.

Iris volvió a tener conciencia del vestido que llevaba puesto, el cual, con el uso, se había abolsado un poco.

Y una vez más, Anna cambió de tema al preguntarle a Joseph si planeaban inaugurar el Hogar en el verano. Era como si hubiera intuido la incomodidad de Iris, como si hubiera adivinado que el dinero era otro tema espinoso para su hija.

Aunque, en realidad, a juzgar por la forma en que vivían los Stern no tenía cómo adivinar lo desagradable que era para ella ese tema. ¿Quién podría creer que el saldo de la cuenta corriente bancaria era tan bajo, que a veces Iris temía extender un cheque de cincuenta dólares para los gastos de la casa?

Le preocupaba saber si Theo ahorra o no. Cada vez que Iris se lo preguntaba, él sonreía y le contestaba: «Lo suficiente. Deja que yo me preocupe por eso. Es responsabilidad del marido». Y la besaba en la mejilla o le palmeaba la cabeza como si fuera una criatura, y ella se quedaba llena de rencor. Y, como si de veras fuera una criatura, pensó Iris, él le compraba regalos inesperados, juguetes de adultos: una cartera de cuero de cocodrilo que ella había visto en un escaparate, o un par de gemelos de oro con incrustaciones de lapislázuli y turquesa, demasiado costoso para ellos. Iris cuidaba mucho los gastos; lo más probable era que la